

# El hombre sereno

ARTURO SAN AGUSTÍN

---

**Le sobra la partitura** que, como a todos los candidatos, le escribe algún copista. Cuando prescinde de ella suena bien y demuestra que se la sabe de memoria. José Montilla tiene el inicio tímido, marfileño, casi eclesiástico, pero uno observa que los trajines *campañeros* y alguna puñalada cobarde han conseguido que sea también él quien genera los silencios en su interlocutor. El candidato socialista sabe o parece haber aprendido que, sin perder la educación o la aparente serenidad que le caracterizan, ha de demostrar que también él sabe desenfundar con rapidez. Sucede que, tal como nos ha enseñado Clint Eastwood, no gana el más rápido sino el más frío, es decir, el que mejor maneja el cerebro.

Es la ceja izquierda la que más pone en evidencia que Montilla detecta el peligro 10 minutos antes de que aparezca. Y no es que esa ceja se arquee en exceso, pero al pertenecer a un rostro quizá voluntariamente impenetrable y que siempre aparenta estar a la defensiva, destaca y avisa. Avisa, pero no asusta. Y esa es una de sus virtudes cuando la sabe aprovechar.

## Tiempos de histriones

El ojo de Montilla es un ojo que ha aprendido a no confiar en demasiados y eso, en tiempos de histriones y navajeros, le favorece siempre que no se le descontrola. Si uno pierde los papeles ante alguien inteligente, solo sufre arañazos. Si uno los pierde ante un idiota útil, el que se queda, momentáneamente, con la barra de chocolate es el idiota útil.

En la distancia corta, la mirada de Montilla es o puede ser demoledora. Y puede serlo no porque practique el guiño inquisitorial, sino porque al responder con la brevedad de quien tiene o aparenta tener las ideas muy claras, obliga a su interlocutor a ser tan rápido o más que él. En la distancia corta la mirada de Montilla siempre te obliga a pensar si lo que acabas de preguntarle es inteligente.

Hay dos tipos de tímidos: los que no aceptan su timidez y, parleros, se desbordan como las rieras o ramblas mediterráneas en septiembre, y los que, además de haber aprendido a convivir con ella, con la timidez, la saben utilizar. Montilla parece pertenecer a los segundos. Nada nos desmonta antes y mejor que una respuesta voluntariamente breve, contundente y un silencio dominado. Uno sospecha que ha sido la vida la que le ha enseñado a dominar sus silencios. Y si uno es capaz de dejar de hablar después de haber dicho lo que tenía que decir, triunfa. Nada detiene antes y mejor al caballo del que pregunta que el silencio inteligente o astutamente mantenido. Ese silencio acaba por frenar tan en seco al caballo del que pregunta que siempre acaba derribándolo.

#### Las uñas de la ansiedad

En los dedos de Montilla se advierte que, cuando nadie lo ve, se come las uñas. Y eso, la mordedura de uñas, puede significar varias cosas. Por ejemplo, ansiedad. O una cierta incompreensión por parte de algunos de los que le rodean, que en política deben ser muchísimo más peligrosos que en otros oficios o profesiones.

El Montilla que se expresa en castellano es otro individuo. Seguramente el que es, no el que algunos intentan que sea. Porque a Montilla se le ha intentado situar --con cierto éxito-- en un andamio de los años 60 y nunca fue ese su escenario vital y laboral. Los que en los años 60 estudiaban bachillerato eran ya unos privilegiados. Evidentemente, uno se refiere a los hijos de la clase obrera. Y, ya puestos, mirando también a las filas convergentes, el candidato socialista no es el único individuo mayor de 40 años que habla el catalán que muchos aprendimos en la calle. En esa calle, ay, que ahora ya no lo habla. No es romano, no es senatorial su peinado, sino francés y con argumentos de aquellas películas de Lino Ventura, en las que casi siempre aparecía algún agente secreto nacido en Argelia. José Montilla es anguila, muy anguila. Y, desde que confió demasiado en alguien, ya no hay pescador a quien le perdone el anzuelo.

Artículo publicado en El Periódico de Catalunya el 29 de octubre de 2006